



**Historia de dos ciudades**  
Charles Dickens

**Published:** 1859  
**Tag(s):** Literatura

**Parte 1**  
**Libro primero. Resucitado**

# Capítulo 1

## La época

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual, que nuestras más notables autoridades insisten en que, tanto en lo que se refiere al bien como al mal, sólo es aceptable la comparación en grado superlativo.

En el trono de Inglaterra había un rey de mandíbula muy desarrollada y una reina de cara corriente; en el trono de Francia había un rey también de gran quijada y una reina de hermoso rostro. En ambos países era más claro que el cristal para los señores del Estado, que las cosas, en general, estaban aseguradas para siempre. Era el año de Nuestro Señor, mil setecientos setenta y cinco. En período tan favorecido como aquél, habían sido concedidas a Inglaterra las revelaciones espirituales. Recientemente la señora Southcott había cumplido el vigésimo quinto aniversario de su aparición sublime en el mundo, que fue anunciada con la antelación debida por un guardia de corps, pronosticando que se hacían preparativos para tragarse a Londres y a Westminster.

Incluso el fantasma de la Callejuela del Gallo había sido definitivamente desterrado, después de rondar por el mundo por espacio de doce años y de revelar sus mensajes a los mortales de la misma forma que los espíritus del año anterior, que acusaron una pobreza extraordinaria de originalidad al revelar los suyos. Los únicos mensajes de orden terrenal que recibieron la corona y el pueblo ingleses, procedían de un congreso de súbditos británicos residentes en América, mensajes que, por raro que parezca, han resultado de mayor importancia para la raza humana que cuantos se recibieran por la mediación de cualquiera de los duendes de la Callejuela del Gallo.

Francia, menos favorecida en asuntos de orden espiritual que su hermana, la del escudo y del tridente, rodaba con extraordinaria suavidad pendiente abajo, fabricando papel moneda y gastándose. Bajo la dirección de sus pastores cristianos, se entretenía, además, con distracciones tan humanitarias como sentenciar a un joven a que se le cortaran las manos, se le arrancara la lengua con tenazas y lo quemaran vivo, por el horrendo delito de no haberse arrodillado en el fango un día lluvioso, para rendir el debido acatamiento a una procesión de frailes que pasó ante su vista, aunque a la distancia de cincuenta o sesenta metros. Es muy probable que cuando aquel infeliz fue llevado al suplicio, el leñador Destino hubiera marcado ya, en los bosques de Francia y de Noruega, los añosos árboles que la sierra había de convertir en tablas para construir aquella plataforma móvil, provista de su cesta y de su cuchilla, que tan terrible fama había de alcanzar en la Historia. Es también, muy posible que en los rústicos cobertizos de algunos labradores de las tierras inmediatas a París, estuvieran aquel día, resguardadas del mal tiempo, groseras carretas llenas de fango, husmeadas por los cerdos y sirviendo de percha a las aves de corral, que el labriego Muerte había elegido ya para que fueran las carretas de la Revolución. Bien es verdad que si el Leñador y el Labriego trabajaban incesantemente, su labor era silenciosa y ningún oído humano percibía sus quedos pasos, tanto más cuanto que abrigar el temor de que aquellos estuvieran despiertos, habría equivalido a confesarse ateo y traidor.

Apenas si había en Inglaterra un átomo de orden y de protección que justificara la jactancia nacional. La misma capital era, por las noches, teatro de robos a mano armada y de osados crímenes. Públicamente se avisaba a las familias que no salieran de la ciudad sin llevar antes sus mobiliarios a los guardamuebles, únicos sitios donde estaban seguros.

El que por la noche ejercía de bandolero, actuaba de día de honrado mercader en la City, y si alguna vez era reconocido por uno de los comerciantes a quienes asaltaba en su carácter de capitán, le disparaba atrevidamente un tiro en la cabeza para huir luego; la diligencia correo fue atacada por siete bandoleros, de los cuales mató tres el guarda, que luego, a su vez, murió a manos de los otros cuatro, a consecuencia de haber fallado sus municiones, y así la diligencia pudo ser robada tranquilamente; el magnífico alcalde mayor de Londres fue atracado en Turnham Green por un bandido que despojó al ilustre prócer a las barbas de su numerosa escolta. En las cárceles de Londres se libraban fieras batallas entre los presos y sus carceleros y la majestad de la Ley los arcabuceaba convenientemente. Los ladrones arrebatában las cruces de diamantes de

los cuellos de los nobles señores en los mismos salones de la Corte; los mosqueteros penetraron en San Gil en busca de géneros de contrabando, pero la multitud hizo fuego contra los soldados, los cuales replicaron del mismo modo contra el populacho, sin que a nadie se le ocurriese pensar que semejante suceso no era uno de los más corrientes y triviales. A todo esto el verdugo estaba siempre ocupadísimo, aunque sin ninguna utilidad. Tan pronto dejaba colgados grandes racimos de criminales, como ahorcaba el sábado a un ladrón que el jueves anterior fue sorprendido al entrar en casa de un vecino, o bien quemaba en Newgate docenas de personas o, a la mañana siguiente, centenares de folletos en la puerta de Westminster-Hall; y que mataba hoy a un asesino atroz y mañana a un desgraciado ratero que quitó seis peniques al hijo de un agricultor.

Todas estas cosas y otras mil por el estilo ocurrían en el bendito año de mil setecientos setenta y cinco. Rodeados por ellas, mientras el Leñador y el Labriego proseguían su lenta labor, los dos personajes de grandes quijadas y las dos mujeres, una hermosa y la otra insignificante, vivían complacidos y llevaban a punta de lanza sus divinos derechos. Así el año mil setecientos setenta y cinco conducía a sus grandezas y a las miríadas de insignificantes seres, entre los cuales se hallan los que han de figurar en esta crónica, a lo largo de los caminos que se abrían ante sus pasos.

## Capítulo 2

### La época

El camino que recorría el primero de los personajes de esta historia, la noche de un viernes de noviembre, era el de Dover. El viajero seguía a la diligencia mientras ésta avanzaba lentamente por la pendiente de la colina Shooter.

El viajero subía caminando entre el barro, tocando a la caja desvencijada del carruaje, igual como hacían sus compañeros de viaje, no por deseo de hacer ejercicio, sino porque la pendiente, los arneses y el fango, así como la diligencia, eran tan pesados, que los pobres caballos se habían parado ya tres veces, y una de ellas atravesaron el coche en el camino con el sedicioso propósito de volverse a Blackheath. Las riendas y el látigo, el cochero y el guarda, combinándose, dieron lectura al artículo de las ordenanzas que asegura que nunca, en ningún caso, tendrán razón los animales, y gracias a eso el tiro volvió al cumplimiento de su deber.

Con las cabezas bajas y las colas trémulas procuraban abrirse paso por el espeso barro del camino, tropezando y dando tumbos de vez en cuando. Y cuando el mayoral les daba algún descanso, el caballo delantero sacudía violentamente la cabeza como si quisiera negar la posibilidad de que el vehículo pudiese nunca alcanzar lo alto de la colina.

Cubrían las hondonadas y se deslizaban pegadas a la tierra nubes de vapores acuosos, semejantes a espíritus malignos que buscan descanso y no lo encuentran. La niebla era pegajosa y muy fría y avanzaba por el aire formando rizos y ondulaciones, que se perseguían y alcanzaban, como las olas de un mar agitado. Era lo bastante densa para encerrar en estrecho círculo la luz que derramaban los faroles del carruaje, hasta impedir que se viesen los chorros de vapor que despedían los caballos por las narices.

Dos pasajeros, además del que se ha mencionado, subían trabajosamente la pendiente, al lado de la diligencia. Los tres llevaban subidos los cuellos de sus abrigos y usaban botas altas. Ninguno de ellos hubiera

podido decir cómo eran sus compañeros de viaje, tan cuidadosamente recataban todas sus facciones y su carácter a los ojos del cuerpo y a los del alma de sus compañeros. Por aquellos tiempos los viajeros se mostraban difícilmente comunicativos con sus compañeros, pues cualquiera de éstos pudiera resultar un bandolero o un cómplice de los bandidos. En cuanto a éstos, abundaban extraordinariamente en tabernas o posadas, donde se podían hallar numerosos soldados a sueldo del capitán, y entre ellos figuraban desde el mismo posadero hasta el último mozo de cuadra. En esto precisamente iba pensando el guarda de la diligencia la noche de aquel viernes del mes de noviembre de mil setecientos setenta y cinco, mientras penosamente subía el vehículo la pendiente de Shooter, y él iba sentado en la banqueta posterior que le estaba reservada y en tanto que daba vigorosas patadas sobre las tablas, para impedir que sus pies se transformaran en bloques de hielo. Llevaba la mano puesta en un cofre en que había un arcabuz cargado, y un montón de seis o siete pistolas de arzón sobre una capa inferior de sables.

En este viaje de la diligencia de Dover ocurría como en todos los que hacía, es decir, que el guarda sospechaba de los viajeros, éstos recelaban uno de otro y del guarda, y unos a otros se miraban con desconfianza. En cuanto al cochero, solamente estaba seguro de sus caballos; pero aun con respecto a éstos habría jurado, por los dos Testamentos, que las caballerías no eran aptas para aquel viaje.

— Arre! —gritaba el cochero.— Arriba! Un esfuerzo más y llegaréis arriba! Oye, José!

—¿Qué quieres? —contestó el guarda.

—¿Qué hora es?

—Por lo menos, las once y diez.

— Demonio! —exclamó el cochero.— Y todavía no hemos llegado a lo alto de esa maldita colina. Arre! Arre! Perezosos!

El caballo delantero, que recibió un latigazo del cochero, dio un salto y emprendió la marcha arrastrando a sus tres compañeros. La diligencia continuó avanzando seguida por los viajeros, que procuraban no separarse de ella y que se detenían cuando el vehículo lo hacía, pues si alguno de ellos hubiese propuesto a un compañero avanzar un poco entre la niebla y la obscuridad, se habría expuesto a recibir un tiro como salteador de caminos.

El último esfuerzo llevó el coche a lo alto de la colina, y allí se detuvieron los tres caballos para recobrar el aliento, en tanto que el guarda bajó

con objeto de calzar la rueda para el descenso y abrir la puerta del coche para que los viajeros montasen.

— José! —dijo el cochero desde su asiento.

—¿Qué quieres, Tomás?

Los dos se quedaron escuchando.

—Me parece que se acerca un caballo al trote.

—Pues yo creo que viene al galope —replicó el guarda encaramándose a su sitio.— Caballeros, favor al rey!

Y después de hacer este llamamiento, cogió su arcabuz y se puso a la defensiva. El pasajero a quien se refiere esta historia estaba con el pie en el estribo, a punto de subir, y los dos viajeros restantes se hallaban tras él y en disposición de seguirle. Pero se quedó con el pie en el estribo y, por consiguiente, sus compañeros tuvieron que continuar como estaban. Todos miraron al cochero y al guarda y prestaron oído. En cuanto al cochero y al guarda miraron hacia atrás y hasta el mismo caballo delantero enderezó las orejas y miró en la misma dirección.

El silencio resultante de la parada de la diligencia, añadido al de la noche, se hizo impresionante. La respiración jadeante de los caballos hacía retemblar el coche, y los corazones de los viajeros latían con tal fuerza, que tal vez se les habría podido oír.

Por fin resonó en lo alto de la colina el furioso galopar de un caballo.

— Alto! —gritó el guarda.— Alto, o disparo!

Inmediatamente el jinete refrenó el paso de su cabalgadura y a poco se oyó la voz de un hombre que preguntaba:

—¿Es ésta la diligencia de Dover?

— Nada os importa! —contestó el guarda.— ¿Quién sois vos?

—¿Es ésta la diligencia de Dover?

—¿Para qué queréis saberlo?

—Si lo es, debo hablar con uno de los pasajeros.

—¿Cuál?

—El señor Jarvis Lorry.

El pasajero que ya hemos descrito manifestó que éste era su nombre, y el guarda, el cochero y los otros dos pasajeros le miraron con la mayor desconfianza.

— Quedaos donde estáis! —exclamó el guarda entre la niebla— porque si me equivoco nadie sería capaz de reparar el error en toda vuestra vida. Caballero que os llamáis Lorry, contestad la verdad.

—¿Qué ocurre?— preguntó el pasajero con insegura voz. —¿Quién me llama? ¿Sois Jeremías?

—No me gusta la voz de Jeremías, si éste es Jeremías gruñó el guarda para sí.

—Sí, señor Lorry.

—¿Qué ocurre?

—Un despacho que os mandan desde allí T. y Compañía.

—Conozco a este mensajero, guarda —dijo el señor Lorry bajando al camino, a lo que los otros viajeros no pusieron el más pequeño inconveniente, pues se apresuraron a entrar en el coche y cerrar la puerta.— Puede acercarse, no hay peligro alguno.

—Así lo creo, pero no estoy seguro —murmuro el guarda.— Eh, el jinete!

—¿Qué pasa? —exclamó el interpelado con voz más bronca que antes.

—Podéis acercaros al paso. Y procurad no llevar la mano a las pistole-  
ras porque me equivoco con la mayor rapidez y mis errores toman la forma de plomo. Avanzad despacio para que os veamos.

Lentamente aparecieron las figuras del jinete y del caballo y fueron a situarse junto a la diligencia, donde estaba el viajero. Se detuvo el jinete y con los ojos fijos en el guarda entregó al pasajero un papel plegado. Fatigados estaban el jinete y su caballo y ambos cubiertos de barro, desde los cascos del último al sombrero del primero.

—Guarda —exclamó el viajero.

—¿Qué deseáis? —preguntó el guarda dispuesto a disparar a la menor señal de peligro.

—No hay nada que temer. Pertenezco al Banco Tellson. Seguramente conocéis el Banco Tellson, de Londres. Voy a París en viaje de negocios. Tomad esta corona para beber. ¿Puedo leer esto?

—Hacedlo rápidamente.

Abrió el pliego y lo leyó a la luz del farol de la diligencia, primero para sí y luego en voz alta: “Esperad en Dover a la señorita.” —Ya veis que no es largo, guarda —dijo— Jeremías, decid que mi respuesta es: “Resucitado”.

— Vaya una extraña respuesta! —exclamó Jeremías sobresaltado.

—Llevad esta respuesta y por ella sabrán que he recibido el mensaje. Buen viaje, adiós!

Diciendo estas palabras, el viajero abrió la portezuela y entró en el vehículo, sin ser ayudado por los dos que ya estaban en él, quienes se habían ocupado en esconder sus relojes y su dinero en las botas y fingían, en aquel momento, estar dormidos.

El coche prosiguió la marcha, envuelto en más espesa bruma al iniciar el descenso.

El guarda volvió a guardar en la caja el arcabuz, no sin mirar a las pistolas que colgaban de su cinturón y luego examinó una caja que estaba debajo de su asiento, en la que había algunas herramientas, un par de antorchas y una caja con pedernal y yesca, para encender los faroles del carruaje, cosa que tenía que hacer varias veces de noche, cuando los apagaba el viento, y que lograba, si estaba de suerte, en cosa de cinco minutos.

— Tomás! —exclamó el guarda llamando al cochero.

—¿Qué quieres, José?

—¿Oíste el mensaje?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Nada, José.

—Pues es una coincidencia —murmuró el guarda— porque a mí me ocurre lo mismo.

Jeremías, ya solo en la niebla y en la obscuridad, echó pie a tierra, no solamente para descansar su caballo, sino que, también, para limpiarse el barro del rostro y secarse un poco el sombrero. Y cuando ya dejó de oír el ruido de las ruedas de la diligencia, emprendió el descenso de la colina.

—Después de galopar desde Temple Bar, amiga —dijo a la yegua, no me fiaré de tus patas hasta que estemos en terreno llano. “Resucitado”. Resulta un mensaje muy raro. Y eso no lo entiende Jeremías. Y, amigo Jeremías, si se pusiera de moda resucitar, tal vez te vieras en un serio compromiso.

# Capítulo 3

## Las sombras de la noche

Es un hecho maravilloso y digno de reflexionar sobre él, que cada uno de los seres humanos es un profundo secreto para los demás. A veces, cuando entro de noche en una ciudad, no puedo menos de pensar que cada una de aquellas casas envueltas en la sombra guarda su propio secreto; que cada una de las habitaciones de cada una de ellas encierra, también, su secreto; que cada corazón que late en los centenares de millares de pechos que allí hay, es, en ciertas cosas, un secreto para el corazón que más cerca de él late.

Y así, por lo que a este particular se refiere, tanto el mensajero que regresaba a caballo, como los tres viajeros encerrados en el estrecho recinto de una diligencia, eran cada uno de ellos un profundo misterio para los demás, tan completo como si separadamente hubiesen viajado en su propio coche y una comarca entera estuviese entre uno y otro.

El mensajero tomó el camino de regreso al trote, deteniéndose con la mayor frecuencia en las tabernas que hallaba en su camino, para echar un trago, pero sin hablar con nadie y conservando el sombrero calado hasta los ojos, que eran negros, muy juntos y de siniestra expresión. Aparecían debajo de un sombrero que, más que tal, semejaba una escupidera triangular y sobre un tabardo que empezaba en la barbilla y terminaba en las rodillas del individuo.

— No, Jeremías, no! —murmuraba el mensajero fija la mente en el mismo tema —Eso no puede convenirte. Tú, Jeremías, eres un honrado menestral, y de ninguna manera convendría eso a tu negocio. “Resucitado.” Que me maten si no estaba borracho al decirme eso!

Tan preocupado le traía el mensaje, que varias veces se quitó el sombrero para rascarse la cabeza, la cual, a excepción de la coronilla, que tenía calva, estaba cubierta de pelos gruesos y ásperos que le caían casi hasta la altura de la nariz.

Mientras regresaba al trote para transmitir el mensaje al vigilante nocturno de la Banca Tellson, en Temple Bar, quien había de pasarlo a sus superiores, las sombras de la noche tomaban tales formas que le recordaban constantemente el mensaje, al paso que para la yegua constituían motivos de inquietud, y sin duda alguna debía de tenerlos a cada paso, porque se manifestaba bastante intranquila. Mientras tanto, para los viajeros que iban en la diligencia que corría dando tumbos, aquellas sombras tomaban las formas que sus semicerrados ojos y confusos pensamientos les prestaban.

Parecía que el Banco Tellson se hubiera trasladado a la diligencia. El pasajero que al establecimiento pertenecía, con el brazo pasado por una de las correas, gracias a lo cual evitaba salir disparado contra su vecino cuando el coche daba uno de sus saltos, cabeceaba en su sitio con los ojos medio cerrados. Creía ver que las ventanillas del coche, el farol que los alumbraba débilmente y el bulto que hacía el otro pasajero, eran el mismo Banco y que en aquellos momentos él mismo realizaba numerosos negocios.

El ruido de los arneses era el tintineo de las monedas, y pagaba más letras en cinco minutos, de lo que el Banco Tellson, a pesar de sus relaciones nacionales y extranjeras, había pagado nunca en tres veces en el mismo tiempo. Luego, ante el adormilado pasajero se abrieron los sótanos del Banco, sus valiosos almacenes, sus secretos, de los que conocía una buena parte, y él circulaba por allí con sus llaves y alumbrándose con una vela, viendo que todo estaba tranquilo, seguro y sólido como lo dejara.

Pero aunque el Banco estaba siempre con él y aunque también le acompañaba el coche, de un modo confuso, como bajo los efectos de un medicamento opiado, había en su mente otras ideas que no cesaron durante toda la noche. Su viaje tenía por objeto sacar a alguien de la tumba.

Pero lo que no indicaban las sombras de la noche era cuál de los rostros que se le presentaban pertenecía a la persona enterrada. Todas, sin embargo, eran las facies de un hombre de unos cuarenta y cinco años, y diferían principalmente por las pasiones que expresaban y por su estado de demarcación y de lividez. El orgullo, el desdén, el reto, la obstinación, la sumisión y el dolor se sucedían unos a otros y también, sucesivamente, se presentaban rostros demacrados, de pómulos hundidos, y de color cadavérico. Pero todos los rostros eran de un tipo semejante y todas las cabezas estaban prematuramente canas. Un centenar de veces el pasajero medio adormecido preguntaba a aquel espectro:

- ¿Cuánto tiempo hace que te enterraron?  
—Casi dieciocho años —contestaba invariablemente el espectro.  
—¿Habías perdido la esperanza de ser desenterrado?  
—Ya hace mucho tiempo.  
—¿Sabes que vas a volver a la vida?  
—Así me dicen.  
—¿Te interesa vivir?  
—No puedo decirlo.  
—¿Querrás que te la presente? ¿Quieres venir conmigo a verla?

Las respuestas a esta pregunta eran varias y contradictorias. A veces la contestación era: “ Espera! Me moriría si la viera tan pronto.” Otras salía la respuesta de entre un torrente de lágrimas, para decir: “ Llévame junto a ella!” Otras se quedaba el espectro admirado y maravillado y luego exclamaba: “No la conozco. No te entiendo.”

Y después de estos discursos imaginarios, el viajero, en su fantasía, cavaba la tierra sin descanso, ya con la azada, con una llave o con sus manos, a fin de desenterrar a aquel desgraciado. Por fin lo lograba, y con el pelo y el rostro sucios de tierra se caía de pronto. Entonces, al tocar el suelo se sobresaltaba y, despertando, bajaba la ventanilla para sentir en su mejilla la realidad de la bruma y de la lluvia.

Pero aun entonces, con los ojos abiertos y fijos en el movedizo rastro de luz que en el camino iba dejando el farol del vehículo, veía cómo las sombras del exterior tenían el mismo aspecto que las del interior del coche. Veía nuevamente la casa de banca en Temple Bar, los negocios realizados en el día anterior, las cámaras en que se guardaban los valores, el mensajero que le mandaron. Y entre todas aquellas sombras surgía la cara espectral y se acercaba a él de nuevo.

- ¿Cuánto tiempo hace que te enterraron?  
—Casi dieciocho años.  
—Supongo que querrás vivir.  
—No lo sé.

Y cavaba, cavaba, cavaba, hasta que el impaciente movimiento de uno de los pasajeros le indicó que cerrara la ventanilla. Entonces, con el brazo pasado por la correa se fijó en las formas de aquellos dos dormidos, hasta que su mente perdió la facultad de fijarse en ellos y de nuevo fantaseó acerca del Banco y de la tumba.

—¿Cuánto tiempo hace que te enterraron?

—Casi dieciocho años.

—¿Habías perdido la esperanza de ser desenterrado?

—Hace mucho tiempo.

Las palabras estaban aún en su oído, tan claras como las más claras que oyera en su vida, cuando el cansado viajero se despertó a la realidad del día, y vio que se habían alejado ya las sombras de la noche.

Bajó la ventanilla y miró al exterior, al sol naciente. Había un surco y un arado abandonado la noche anterior al desuncir los caballos; más allá vio un bosquecillo, en el cual había aún muchas hojas amarillentas y rojizas. Y aunque la tierra estaba húmeda y fría, el cielo era claro, el sol nacía brillante, plácido y hermoso.

— Dieciocho años! —exclamó el pasajero mirando al sol. — Dios mío! Estar enterrado en vida durante dieciocho años!.

## La preparación

Cuando la diligencia hubo llegado felizmente a Dover, a media mañana, el mayordomo del Hotel del Rey Jorge abrió la portezuela del coche, como tenía por costumbre. Lo hizo con la mayor ceremonia, porque un viaje en diligencia desde Londres, en invierno, era una hazaña digna de loa para el que la emprendiera.

Pero en aquellos momentos no había más que un solo viajero a quien felicitar, porque los dos restantes se habían apeado en sus respectivos destinos. El interior de la diligencia, con su paja húmeda y sucia, su olor desagradable y su obscuridad, parecía más bien una perrera de gran tamaño. Y el señor Lorry, el pasajero, sacudiéndose la paja que llenaba su traje, su sombrero y sus botas llenas de barro, parecía más bien un perro de gran tamaño.

—¿Habrá mañana barco para Calais, mayordomo?

—Sí, señor, si continúa el buen tiempo y no arrecia el viento. La marca sube a las dos de la tarde. ¿Quiere cama el señor?

—No pienso acostarme hasta la noche, pero deseo una habitación y un barbero.

—¿Y el almuerzo a continuación, señor? Perfectamente. Por aquí, señor. La Concordia para este caballero! El equipaje de este caballero y agua caliente a la Concordia! Que vayan a quitar las botas del caballero a la Concordia! Allí encontrará el señor un buen fuego. Que vaya en seguida un barbero a la Concordia!

El dormitorio llamado “La Concordia” se destinaba habitualmente al viajero de la diligencia y ofrecía la particularidad de que, al entrar, siempre parecía el mismo personaje, pues todos iban envueltos de pies a cabeza de igual manera; en cambio, a la salida era incontable la variedad de los personajes que se veían. Por consiguiente otro criado, dos mozos, varias muchachas y la dueña se habían estacionado al paso, del viajero, entre la Concordia y el café, cuando apareció un caballero de unos

sesenta años, vestido con un traje pardo en excelente uso y luciendo unos puños cuadrados, muy grandes y enormes carteras sobre los bolsillos, y que se dirigía a almorzar.

Aquella mañana el café no tenía otro ocupante que el caballero vestido de color pardo. Se le puso la mesa junto al fuego; al sentarse quedó iluminado por el resplandor de las llamas y se quedó tan inmóvil como si quisiera que le hiciesen un retrato.

Se quedó mirando tranquilamente a su alrededor, en tanto que resonaba en su bolsillo un enorme reloj. Tenía las piernas bien formadas y parecía envanecerse de ello, porque las medias se ajustaban perfectamente a ellas y eran de excelente punto. En cuanto a los zapatos y a las hebillas, aunque de forma corriente, eran de buena calidad. Ajustada a la cabeza llevaba una peluca rizada, que, más que de pelo, parecía de seda o de cristal hilado. Su camisa, aunque no tan buena como las medias, era tan blanca como la cresta de las olas que rompían en la cercana playa. El rostro, habitualmente tranquilo, y apacible, se animaba con un par de brillantes ojos, que sin duda dieron mucho que hacer a su propietario en años juveniles para contenerlos y darles la expresión serena y tranquila propia de los que pertenecían a la Banca Tellson. Tenía sano color en las mejillas, y su rostro, aunque reservado, expresaba cierta ansiedad.

Y como los que se sientan ante el pintor para que les haga el retrato, el señor Lorry acabó por dormirse. Le despertó la llegada del almuerzo y dijo al criado que le servía:

—Deseo que preparen habitación para una señorita que llegará hoy. Preguntará por el señor Jarvis Lorry, o, tal vez, solamente por un caballero del Banco Tellson. Cuando llegue, haced el favor de avisarme.

—Perfectamente, señor. ¿Del Banco Tellson, de Londres, señor?

—Sí.

—Muy bien, señor. Tenemos el honor de alojar a los caballeros del Banco Tellson en sus viajes de ida y vuelta de Londres a París. Se viaja mucho, en el Banco Tellson, señor.

—Sí. Somos una casa francesa y también inglesa.

—Es verdad. Pero vos, señor, no viajáis mucho.

—En estos últimos años, no. Han pasado ya quince años desde que estuve en Francia por última vez.

—¿De veras? Entonces no estaba yo aquí todavía. El Hotel estaba en otras manos entonces.

— Así lo creo.

—En cambio, me atrevería a apostar que una casa como el Banco Tellson ha venido prosperando, no ya desde hace quince años sino, tal vez, desde hace cincuenta.

—Podríais decir ciento cincuenta sin alejaros de la verdad.

—¿De veras?

Y abriendo a la vez la boca y los ojos, al retirarse de la mesa, el criado se quedó contemplando al huésped mientras comía y bebía.

Cuando el señor Lorry hubo terminado su almuerzo, se dirigió a la playa para dar un paseo. La pequeña e irregular ciudad de Dover quedaba oculta de la playa y parecía esconder su cabeza en los acantilados calizos, como avestruz marina. La playa parecía un desierto lleno de piedras y escollos en que la mar hacía lo que le venía en gana, y lo que le venía en gana era destruir, pues rugía y bramaba por doquier. Algunas personas, muy pocas, estaban entregadas a la pesca en la playa, pero en cambio, por las noches, eran numerosos los que frecuentaban aquel lugar, mirando con ansiedad al mar, especialmente cuando subía la marea. Y algunos comerciantes, que apenas realizaban operaciones, ganaban, de pronto, enormes fortunas, y lo más notable era que nadie, en la vecindad, podía soportar siquiera a un farolero.

A medida que avanzaba la tarde y empezaban las sombras, se cubría el cielo de nubes y las ideas del señor Lorry parecían obscurecerse también. Cuando ya fue de noche y se sentó nuevamente ante el fuego, en espera de la cena, su imaginación cavaba, cavaba sin cesar, mientras, distraídamente, miraba los carbones encendidos.

Una botella de clarete a la hora de la cena no perjudica ningún cava-dor, y cuando ya el señor Lorry se disponía beber el último vaso, resonó en el exterior un ruido de ruedas que avanzaba por la calle para entrar, por fin, en el patio de la casa.

—Debe de ser la señorita —se dijo dejando sobre la mesa el vaso que iba a llevar a sus labios.

Pocos minutos después, llegó el camarero a anunciarle que la señorita Manette acababa de llegar de Londres y que, con el mayor gusto, vería al caballero de la casa Tellson.

El caballero se bebió el vaso de vino, y después de ajustarse la peluca siguió al camarero, a la habitación de la señorita Manette. Esta era sombría y tétrica, pues sus paredes estaban tapizadas de color muy oscuro, tono que también tenían los muebles.

Las tinieblas de la estancia eran tan densas que, al principio, el señor Lorry no creyó que allí estuviera la señorita a quien debía ver, hasta que la divisó ante él, junto al fuego y débilmente alumbrada por dos velas. La joven parecía no tener más de diecisiete años, tenía el rostro muy lindo, los cabellos dorados, unos hermosos ojos azules y la frente despejada e inteligente. Y cuando el caballero fijó sus ojos en ella, pareció recordar a la niña a quien llevara en sus brazos muchos años antes, en un viaje a través de aquel mismo Canal. Pero la imagen mental que acudiera a su memoria se desvaneció en seguida y el caballero se inclinó ante la señorita.

—Tened la bondad de sentaros, caballero —exclamó ella con voz armoniosa y de ligero acento extranjero.

—Os beso la mano, señorita —exclamó el señor Lorry haciendo nueva reverencia y sentándose en el lugar que le indicaran.

—Ayer, caballero, recibí una carta del Banco, informándome de que se había sabido... o descubierto...

—La palabra es lo de menos, señorita.

—Algo acerca de los escasos bienes que dejó mi padre... al que nunca conocí... Hace tantos años que murió!...

El señor Lorry se revolvió inquieto en la silla.

—Y que hace necesario mi viaje a París, donde había de ponerme en relación con un caballero del Banco, enviado allí con este objeto.

—Soy yo mismo.

La joven le hizo una reverencia y el caballero se inclinó a su vez.

—Contesté al Banco, caballero, que si se consideraba necesario mi viaje a Francia, toda vez que soy huérfana y no tengo quien me acompañe, por lo menos, deseaba estar bajo la protección de este caballero. Según supe, él había salido ya de Londres, pero creo que le mandaron un mensajero para rogarle que me esperase.

—Me considero feliz de haber sido honrado con el encargo y más me complacerá llevarlo a cabo.

—Os doy las gracias, caballero —contestó la joven.— Os estoy muy agradecida. Me anunciaron en el Banco que el caballero me explicaría todos los detalles del asunto y que debo prepararme para oír noticias sorprendentes. Desde luego he hecho todo lo posible para prepararme y os aseguro que siento deseos de saber de qué se trata.

—Naturalmente —contestó el señor Lorry.— Yo...

Después de ligera pausa añadió, ajustándose mejor la peluca:

—Es muy difícil empezar.

Y se quedó silencioso en tanto que la joven arrugaba la frente.

—¿No nos habremos visto antes, caballero? —preguntó la joven.

—¿Lo creéis así? —exclamó sonriendo el señor Lorry.

Ella permaneció silenciosa, sin contestar y el caballero añadió:

—En vuestra patria de adopción, señorita, supongo que desearéis que os trate como si fueseis inglesa.

—Como gustéis, caballero.

—Señorita Manette, yo soy hombre de negocios y con respecto a vos he de llevar a cabo un negocio. Cuando oigáis de mis labios lo que voy a decir, tened la bondad de no ver en mi otra cosa que una máquina que habla, porque, en realidad, no seré otra cosa. Con vuestro permiso, pues, voy a referiros ahora, señorita, la historia de uno de nuestros clientes.

—¿Una historia?

—Sí, señorita, de uno de nuestros clientes. En nuestros negocios bancarios llamamos clientes a todas nuestras relaciones. Se trataba de un caballero francés; un hombre de ciencia, de grandes dotes intelectuales. Un doctor.

—¿De Beauvais?

—Sí, señorita, precisamente de Beauvais. Como el doctor Manette, vuestro padre, este caballero era de Beauvais. Y, también como el señor Manette, vuestro padre, el caballero en cuestión era muy conocido en París. Tuve el honor de conocerlo allí.

Nuestras relaciones eran puramente comerciales, aunque de carácter confidencial. En aquel tiempo estaba yo en nuestra casa francesa, y de ello hace... oh, por lo menos, veinte años!

—¿En aquel tiempo? ¿Puedo preguntar qué tiempo era?

—Hablo, señorita, de veinte años atrás. Se casó con una dama inglesa... y yo era uno de sus fideicomisarios. Sus asuntos, como los de muchos otros caballeros franceses, estaban por completo en manos del Banco Tellson. De la misma manera soy y he sido fideicomisario de veintenas de nuestros clientes. Estas son relaciones de negocios, señorita; no hay en ellas amistad alguna, interés particular, ni nada que se parezca a sentimiento. En el curso de mi vida comercial, he pasado de uno a otro, de la misma manera como durante el día paso de un cliente a otro; en

una palabra, no tengo sentimientos. Soy una máquina y nada más. Y continuando mi relación...

—Pero, caballero, me estáis refiriendo la historia de mi padre, y ahora se me ocurre que cuando murió mi madre, que solamente sobrevivió a mi padre dos años, vos fuisteis quien me llevó a Inglaterra. Estoy casi segura de ello.

El señor Lorry tomó la manecita que avanzaba hacia él y respetuosamente la llevó a los labios. Luego, tras de arrellanarse en su silla, añadió:

—Sí, señorita, fui yo. Y eso os convencerá de que realmente no tengo sentimientos y que todas mis relaciones con los clientes son puramente de negocios. Desde entonces habéis sido la pupila del Banco Tellson y yo no he procurado siquiera veros de nuevo, ocupado como estaba en otros asuntos. Sentimentalismos! No, no tengo tiempo para ello, pues me paso la vida ocupado en mover inmensas sumas de dinero.

El señor Lorry volvió a alisarse la peluca, por más que no era necesario, y continuó:

—Así, pues, señorita, lo que acabo de referir es la historia de vuestro padre. Pero ahora vienen las diferencias. Si vuestro padre no hubiese muerto cuando murió... No os asustéis!

En efecto, la joven se había sobresaltado.

—Os ruego —prosiguió el señor Lorry —que moderéis vuestra agitación. Aquí no se trata más que de negocios. Como iba diciendo...

Pero la mirada de la joven lo descompuso de tal manera, que, tartamudeando, prosiguió:

—Como iba diciendo... Si el señor Manette no hubiese muerto, y si en vez de morir, hubiese desaparecido silenciosa y misteriosamente; si no hubiera sido muy difícil adivinar a qué temible lugar había ido a parar; si no hubiese existido algún compatriota suyo tan temible que resultara peligroso hablar aún en voz baja de vuestro padre, es decir, sin correr el peligro de verse encerrado para siempre más en alguna olvidada prisión; si su esposa hubiera implorado del mismo rey, de la reina, de la corte y hasta de las mismas autoridades eclesiásticas, que le dieran noticias del desaparecido, aunque siempre en vano... entonces la historia de vuestro padre habría sido la misma de ese infortunado caballero, el doctor de Beauvais.

—Continuad, caballero, os lo ruego!

—Voy a proseguir, pero ¿no os faltará valor?

—Cualquier cosa es preferible a la incertidumbre en que me habéis dejado.

—Habláis con calma y seguramente, estáis ya tranquila. Así me gusta —añadió, aunque su actitud parecía menos complacida que sus palabras.— Se trata solamente de un negocio... de un negocio que hay que llevar a cabo. Ahora bien; si la esposa del doctor, aunque era una dama de gran valor y muy animosa, sufrió tanto por esta causa antes de que naciera su hijo...

—No fue un hijo, caballero, sino una niña.

—Bien, una niña. Esto no altera el negocio. Así, pues, señorita, la pobre dama sufrió tanto antes de nacer su hija, que se resolvió ahorrarle la herencia del dolor que ella había sufrido, y le hizo creer que su padre había muerto. No, no os arrodilléis! ¿Por qué os arrodilláis?

—Para suplicaros que me digáis la verdad. Oh, caballero, compadeceos de mí y decidme la verdad!

—Ya lo haré... pero esto no es más que un negocio. Me aturrulláis y no podré seguir. Si, por ejemplo, me decís cuánto suman nueve veces nueve peniques o los chelines que hay en veinte guineas, me dejaréis más tranquilo.

Sin contestar a esta pregunta, la joven hizo un esfuerzo por dominarse, y advirtiéndolo su interlocutor, exclamó:

—Bien, perfectamente. Cobrad ánimo. Se trata solamente de un negocio y de un buen negocio. Señorita Manette, vuestra madre tomó la resolución que he indicado, y cuando murió, con el corazón destrozado por el dolor, y sin haber dejado ni un momento de hacer indagaciones con respecto a vuestro padre, os dejó a los dos años de edad en camino de crecer hermosa, feliz y sin penas, y libre de la obscura nube que habría representado para vos la incertidumbre de no saber si vuestro padre continuaba encerrado en un calabozo y seguía sufriendo las torturas de estar enterrado en vida.

Miró compasivo a los dorados cabellos de la joven, como si hubiese temido verlos con algunas hebras de plata.

—Ya sabéis que vuestros padres no tenían gran fortuna —añadió— y que cuanto poseían fue debidamente asegurado en favor de vuestra madre y de vos misma. No sé han hecho nuevos descubrimientos de dinero, pero...

Se detuvo sin valor para continuar y después de ligera pausa, añadió:

—Pero él, en cambio, ha sido encontrado. Vive. Muy cambiado, probablemente, y convertido en una ruina, pero debemos tener esperanzas de algo mejor. Lo esencial es que vive. Vuestro padre ha sido llevado a la casa de un antiguo criado en París, y allí vamos a dirigirnos. Yo para identificarle, si me es posible; y vos para devolverlo a la vida, al amor, al deber, al descanso y al bienestar.

La joven se estremeció, y luego en voz baja exclamó:

— Voy a ver a su espectro! Será su espectro, pero no él!

El señor Lorry acarició las manos de la joven y dijo:

—Tranquilizaos, señorita. Ahora ya conocéis todo lo bueno y todo lo malo. Vamos al encuentro del desdichado caballero, y después de un feliz viaje por mar y por tierra, os encontraréis a su lado.

La joven, en el mismo tono de voz, exclamó:

—Yo he sido feliz y he gozado de libertad y nunca me ha perseguido su fantasma.

—He de deciros algo más —prosiguió el señor Lorry, tratando de fijar la atención de la joven.— Cuando le encontraron llevaba otro nombre, pues el suyo o se olvidó o alguien tuvo interés en que permaneciera ignorado. No hay por qué tratar ahora de averiguarlo, ni tampoco hay razón para indagar el por qué durante tantos años estuvo preso, ya porque se olvidaran de él o porque quisieran tenerlo encerrado hasta su muerte. Estas indagaciones serían peligrosas. Es mejor no hablar de nada de eso, por lo menos mientras estemos en Francia. Yo mismo, aunque soy súbdito inglés y empleado en el Banco Tellson, con toda la importancia que en Francia tiene la casa, evito hablar del asunto y no llevo conmigo ni un papel que a ello se refiera. Todos los poderes que me acreditan para resolver este asunto, se comprenden tan sólo en una palabra: “Resucitado”, lo cual no significa nada. Pero, ¿qué es eso? La pobrecilla, no me oye siquiera. Señorita Manette!

La joven estaba inmóvil y silenciosa, privada de sentido, con los ojos abiertos y fijos en él, como si fuese una estatua. El caballero no se atrevió a tocarla, temiendo hacerle daño, pero se apresuró a gritar pidiendo socorro.

Apareció una mujer de aspecto bravío y el señor Lorry observó que era roja de cabeza a pies, pues rojo era su gorro, rojos sus cabellos y su rostro y rojo su vestido.

Entró corriendo en la estancia, precediendo a los criados de la posada y sin pensarlo gran cosa dio un empujón al caballero, mandándolo a la pared más cercana.

— Eso no es una mujer! —pensó el señor Lorry. — Más bien parece un hombre.

—¿Qué hacéis ahí mirando? —exclamó aquella mujer dirigiéndose a las criadas. — ¿Por qué no vais en busca de lo necesario en vez de quedaros mirándome así? Traedme en seguida sales, agua iría y vinagre! Y en cuanto a vos —añadió dirigiéndose al señor Lorry:— ¿No podíais decirle todo eso sin asustarla? Mirad cómo la habéis dejado! Pálida como una muerta y sin sentido! ¿A eso llamáis ser banquero?

El señor Lorry no supo qué contestar y se quedó humildemente junto a la pared, sin atreverse casi a mirar, y la mujer tomó los remedios que habían traído los criados, ordenándoles luego que se marcharan si no querían que les dijese algo desagradable.

—Espero que pronto recobraré el sentido —observó el señor Lorry.

—No por lo que hayáis hecho —contestó la mujer.— Pobrecilla mía!

—Espero —añadió el señor Lorry después de nueva pausa y con la misma humildad— que acompañaréis a la señorita Manette en su viaje a Francia.

— Sois un tonto! —exclamó la mujer.— ¿Creéis que si la Providencia hubiese dispuesto que había de viajar por mar, me habría hecho nacer en una isla?

Y como esto era de difícil contestación, el señor Jarvis Lorry se retiró para meditar.

# Capítulo 5

## La taberna

Una gran barrica de vino se cayó en la calle y se rompió. Ocurrió el accidente al descargarla de un carro; rodó el barril y al tropezar con el suelo se le soltaron los cercos y se desparramó el vino, en tanto que las duelas quedaban frente a una taberna, como enorme nuez rota.

Cuanta gente había por allí suspendió su trabajo o su pereza para ir a beberse el vino derramado. Las piedras irregulares y salientes de la calle, destinadas, al parecer, a lisiar a cuantos se acercaran a ellas, fueron la causa de que se formasen varios pequeños estanques, cada uno de los cuales se vio rodeado por algunos individuos que, arrodillados y con el hueco de sus manos, recogían y se bebían el líquido. Otros lo recogían con vasijas de barro y hasta empapando los pañuelos que las mujeres llevaban en la cabeza, para retorcerlos luego incluso sobre la abierta boca de los niños, y los que no pudieron coger el precioso líquido, se entretenían en lamer las duelas cubiertas interiormente de heces. Y tanto fue el afán de todos para que, no se escapara una sola gota del líquido y tanto barro tragaron al mismo tiempo que ingerían el vino, que la calle quedó limpiísima, como si por allí hubieran pasado los barrenderos, si por milagro hubieran aparecido estos personajes desconocidos en aquella época.

Mientras duró el vino hubo la mayor alegría en la calle, pero en cuanto no quedó una gota cesaron, como por ensalmo, las manifestaciones de júbilo. Todos volvieron a sus ocupaciones y los cadavéricos rostros que salieran de las oscuras cuevas desaparecieron nuevamente en ellas.

Como el vino derramado era rojo, tiñó el suelo de la estrecha calleja del barrio de San Antonio, de París. Había manchado también muchas manos y muchos rostros, y los que se entretuvieron en lamer las duelas, quedaron con manchas rojas en torno de la boca, como tigres ahítos de carne, y hasta hubo un bromista que con los dedos bañados en barro rojizo, escribió en la pared la palabra: "Sangre".

Día llegaría en que este vino fuera también derramado por las calles y cuyo color rojo manchara asimismo a muchos de los que allí estaban.

Nuevamente la calle volvió a su estado habitual, de que saliera un momento, y quedó triste, fría, sucia, llena de enfermedades y de miseria, de ignorancia y de hambre. En todas partes se veían pobres individuos envejecidos, debilitados y hambrientos. Los niños tenían caras de viejo y hablaban con gravedad. El Hambre reinaba en el barrio como dueña y señora y sus manifestaciones se advertían por doquier. Las calles eran tortuosas y estrechas, amén de sucias como muladares y las casas de que se componían estaban habitadas por gente sumida en la más negra miseria. Mas aun a pesar de todo, no faltaban ojos brillantes, labios contraídos y frentes arrugadas. En las mismas tiendas se advertía también la necesidad general, pues en las carnicerías se veían tan sólo piltrafas de carne y en las panaderías panes pequeños y groseros. Los concurrentes a las tabernas bebían sus minúsculos vasos de vino o de cerveza y se hablaban confidencialmente. Nada estaba allí representado en estado floreciente, a excepción de las armerías y las tiendas en que se vendían herramientas. Los instrumentos o armas de acero eran brillantes, estaban afilados y en abundancia. La calle de piso desigual carecía de aceras y estaba llena de baches. Los faroles, a grandes intervalos, colgaban de cuerdas que atravesaban de un lado a otro de la calle y por las noches apenas bastaban para disipar las sombras.

La taberna ante la cual se rompió el barril estaba en un rincón de la calle y tenía mejor aspecto que los demás establecimientos. El tabernero contempló la lucha por beberse el vino derramado, sin importársele gran cosa, porque como el estropicio fue causado por los que descargaban el vino, de su cuenta corría proporcionarle otro barril.

De pronto sus ojos sorprendieron al bromista que escribía en la pared con los dedos y se acercó airado a él, borrando con las manos la terrible palabra que el otro trazara.

El tabernero era un hombre de aspecto marcial, de cuello de toro y de unos treinta años. Debía de ser de ardiente temperamento, porque a pesar de que el día era muy frío llevaba la chaqueta colgada del hombro y las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo. La cabeza estaba cubierta solamente por su cabello negro y rizado. Por lo demás era moreno, tenía buenos ojos y la mirada decidida. Parecía de buen humor, pero de carácter implacable, resuelto y de firme voluntad.

La señora Defarge, su esposa, estaba sentada en la tienda, detrás del mostrador, cuando aquél entró. Era una mujer corpulenta, de la misma

edad que su marido, con ojos observadores que no parecían fijarse en nada, de manos grandes, adornadas por sortijas, rostro de facciones enérgicas y expresión de perfecta compostura. Parecía muy friolera y estaba envuelta en pieles, incluso la cabeza, aunque dejando al descubierto los pendientes. Tenía delante su labor de calceta, pero la había dejado a un lado para limpiarse los dientes con una astillita. Así ocupada, la señora Defarge no dijo nada al entrar su marido, sino que se limitó a toser ligeramente, y esto unido a un leve movimiento de sus cejas, indicó a su esposo la conveniencia de vigilar a sus clientes, pues entre ellos encontraría a alguno que había entrado mientras él estaba en la calle.

En efecto, el tabernero descubrió muy pronto a un caballero de alguna edad, acompañado de una señorita, que estaban sentados en un rincón. Otros clientes estaban allí jugando, y mientras el tabernero pasaba por detrás del mostrador observó que el caballero decía refiriéndose a él:

—Este es nuestro hombre.

Diciéndose que no los conocía, el tabernero se detuvo para hablar con los tres parroquianos que bebían junto al mostrador.

—¿Cómo va, Jaime? —preguntó uno al tabernero.— ¿Ya se han bebido todo el vino derramado?

—Hasta la última gota, Jaime —contestó el señor Defarge.

En cuanto hubieron hecho el intercambio de su nombre, la señora Defarge tosió de nuevo y arqueó nuevamente las cejas.

—Pocas veces —observó el segundo de los tres, dirigiéndose al señor Defarge— tienen ocasión esas bestias de probar el gusto del vino ni otra cosa que no sea el pan negro y la muerte. ¿No es así, Jaime?

—Tienes razón, Jaime —replicó el señor Defarge.

Después de este segundo intercambio del nombre de pila, la señora Defarge tosió otra vez y nuevamente arqueó las cejas. El último de los tres dejó el vaso vacío y se limpió los labios, diciendo:

—Esos pobres animales tienen siempre en la boca otro sabor muy amargo y una vida muy dura, Jaime. ¿No digo bien?

—Tienes razón, Jaime —contestó el señor Defarge.

En aquel momento, después de este tercer intercambio del nombre de pila, la señora Defarge dejó el mondadientes, arqueó las cejas y se revolvió en su asiento.

—Es verdad —murmuró su marido.— Señores... mi mujer.

Los tres parroquianos se descubrieron ante la señora Defarge y le hicieron una reverencia, a la que ella contestó inclinando la cabeza y examinándolos rápidamente.

Luego miró indiferentemente hacia la taberna y reanudó su labor de calceta.

—Señores —dijo su marido que la había observado con la mayor atención: —La habitación amueblada que deseabais ver está en el quinto piso. La escalera parte del patio, a la izquierda... Pero ahora recuerdo que uno de vosotros ya la conoce y puede guiar a los demás. Adiós, señores.

Ellos pagaron el vino que habían bebido y salieron, y mientras el tabernero observaba a su mujer, el caballero de alguna edad avanzaba desde su rincón y manifestaba deseos de hablar a solas con el tabernero.

—Con el mayor gusto, señor —contestó Defarge llevándolo hacia la puerta.

La conferencia fue muy corta, pero de efectos decisivos. Casi a la primera palabra el tabernero se sobresaltó y manifestó la mayor atención. No había transcurrido un minuto cuando hizo una señal afirmativa y salió a la calle. Entonces el caballero llamó a la joven con la mano y los dos salieron también. La señora Defarge seguía haciendo calceta y no vio nada.

El señor Jarvis Lorry y la señorita Manette salieron así de la taberna y alcanzaron al tabernero ante la escalera a la que mandó a los tres parroquianos. En la oscura entrada de la negra escalera el tabernero hincó una rodilla y llevó a sus labios la mano de la hija de su antiguo amo. Era una delicadeza, pero realizada de manera que nada tenía de delicada. En pocos segundos sufrió una gran transformación, pues en su rostro ya no había expresión alguna de buen humor ni de franqueza, sino de reserva, de cólera y de hombre peligroso.

—Está bastante alto —dijo secamente al señor Lorry.

—¿Está solo? —murmuró éste.

—¿Quién queréis que esté con él? —exclamó el tabernero.

—¿Está siempre solo?

—Sí.

—¿Por su deseo?

—Por su necesidad. Tal como estaba cuando le vi y me preguntaron si quería tenerlo en mi casa. Así está ahora.

—¿Está muy cambiado?

— Cambiado!

El tabernero dio un puñetazo en la pared y profirió una blasfemia, lo cual fue más elocuente para el señor Lorry que una respuesta clara.

Penoso sería subir la escalera de una casa vieja de París en nuestros tiempos, pero entonces lo era todavía más. En cada uno de los rellanos había un montón de basura depositado por los vecinos, y aquella masa en descomposición viciaba de tal manera el ambiente que apenas se podía respirar. El señor Lorry tuvo que detenerse dos veces junto a unas ventanas provistas de rejas que daban salida al mefítico ambiente; mas, por fin, llegaron a lo alto y el tabernero que los precedía sacó una llave del bolsillo.

—¿Está encerrado con llave? —Pregunto el señor Lorry.

—Sí —contestó Defarge secamente.

—¿Creéis necesario tener tan recluido a ese pobre caballero?

—Considero necesario abrir con llave.

—¿Por qué?

—Porque ha vivido tanto tiempo encerrado, que asustaría de muerte si esta puerta quedara abierta.

—¿Es posible?

—Así es.

Tal diálogo, tuvo lugar en voz tan baja, que ni una de las palabras llegó a oídos de la joven que estaba temblorosa de emoción y su rostro expresaba tal terror que el señor Lorry creyó necesario dirigirle algunas palabras para darle ánimo.

— Valor, querida señorita, valor! Lo peor habrá pasado dentro de un momento. Una vez hayamos pasado esta puerta. Luego empezará todo el bien que le lleváis y toda la dicha que ofreceréis al desgraciado. Nuestro buen amigo Defarge nos ayudará. Vamos.

Al doblar una de las vueltas de la escalera hallaron a tres hombres que estaban ante una puerta y mirando por el ojo de la llave. Al oír los pasos de los que subían volvieron la cabeza y mostraron ser los tres parroquianos del mismo nombre que habían estado bebiendo en la taberna.

—Me olvidé de ellos con la sorpresa de vuestra visita —explicó el señor Defarge. —Dejadnos, amigos. Tenemos que hacer.

Los tres emprendieron el descenso y desaparecieron.

No había ya otra puerta y el tabernero se disponía a abrirla, cuando el señor Lorry le preguntó:

—¿Habéis hecho al señor Manette objeto de exhibición?

—Lo dejo ver, según habréis observado, pero tan sólo a unos cuantos escogidos.

—¿Creéis que está bien?

—Sí, lo creo.

—¿Quiénes son esos pocos? ¿Cómo los elegís?

—Escojo a los que son hombres verdaderos y se llaman como yo, Jaime. Por otra parte vos sois inglés y no me entenderíais.

Miró luego por un agujero de la pared y levantando la cabeza, llamó dos o tres veces en la puerta, sin otro objeto aparente que el de hacer ruido. Con la misma intención metió la llave ruidosamente en la cerradura y, por fin, abrió. Antes de entrar dijo algo y le contestó una voz débil desde el interior. Entonces el tabernero hizo seña a sus compañeros para que entraran y el señor Lorry cogió el brazo de la joven, pues observó que le faltaban las fuerzas.

—Entrad conmigo —dijo.— Todo eso no es más que... cuestión de negocio.

—Estoy asustada —contestó ella temblando.

—¿De qué?

—Quiero decir de él. De mi padre.

Apurado por el estado de la joven y por las señas que le hacía el tabernero, el señor Lorry levantó a su compañera y en brazos la hizo entrar en la habitación. Defarge quitó la llave, cerró por dentro, todo eso con tanto ruido como le fue posible, y, finalmente, echó a andar despacio hasta llegar a la ventana junto a la cual se detuvo.

El lugar, evidentemente destinado a leñera, era muy oscuro, pues solamente había una ventanilla en el techo y estaba medio cerrada. Era, pues, difícil avanzar a la escasa luz reinante, pero allí, sin embargo y de espaldas a la puerta, estaba un hombre de blancos cabellos, sentado en una banqueta muy baja, muy atareado en hacer zapatos.

# Capítulo 6

## El zapatero

—Buenos días —exclamó el señor Defarge mirando al hombre de cabellos blancos que tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo.

El interpelado levantó la cabeza y en voz baja, como distante, contestó a la salutación:

—Buenos días.

—Siempre trabajando, ¿eh?

Después de largo silencio, la blanca cabeza se levantó de nuevo y dijo:

—Sí, estoy trabajando.

Y aquella vez, antes de inclinar de nuevo la cabeza, el anciano miró al tabernero con sus trastornados ojos.

La debilidad de la voz causaba compasión y temor a un tiempo. No era la debilidad resultante de la pérdida de fuerzas, sino que, indudablemente, se debía en gran parte al encierro y a la falta de uso. Era como débil eco de un sonido muy antiguo.

Hubo una pausa y luego el tabernero dijo:

—Deseo abrir un poco la ventana para que entre más luz. ¿Podréis resistirla?

El zapatero interrumpió su labor y preguntó:

—¿Qué decís?

—Que si podréis resistir un poco más de luz.

—Tendré que resistirla si la dejáis entrar.

El tabernero abrió la ventana y el rayo de luz que entró dejó ver al viejo zapatero que tenía sobre las rodillas un zapato a medio terminar. Sobre la banqueta y en el suelo estaban sus herramientas. Tenía la barba blanca, mal cortada, la cara chupada y los ojos muy brillantes. Llevaba la camisa abierta por el pecho, dejando al descubierto su piel blanca y

flácida. Y tanto él como los andrajos que vestía, a causa del largo encierro habían adquirido el color amarillento del pergamino.

Puso una mano ante los ojos para resguardarlos de la luz y entonces se vio que los huesos de aquélla se transparentaban. No miraba al tabernero, sino que apenas dirigía los ojos a uno y otro lado, como si hubiese perdido el hábito, de asociar el espacio con el sonido.

—¿Vais a terminar hoy este par de zapatos? —preguntó Defarge al tiempo que hacía señas al señor Lorry para que se acercara.

—¿Qué decís?

—Si vais a terminar hoy este par de zapatos.

Esta pregunta le recordó su labor y se inclinó nuevamente sobre ella. Mientras tanto avanzó el señor Lorry llevando de la mano a la joven, y cuando ya hacia cosa de un minuto que estaban al lado de Defarge, el zapatero levantó la vista. No dio muestras de sorpresa al ver a otra persona, sino que se llevó la mano a los labios y luego reanudó el trabajo.

—Tenéis una visita —le dijo Defarge.

—¿Qué decís?

—Que hay una visita. Mirad, este caballero es muy inteligente en calzado. Mostradle el zapato que estáis haciendo. Tomad —dijo a Lorry dándole el zapato.— Ahora —añadió dirigiéndose al zapatero —decid a este señor qué clase de calzado es éste y el nombre del que lo hace.

Hubo una larga pausa y luego el pobre hombre dijo:

—He olvidado ya lo que me decíais. Repetídmelo.

—¿Podéis describir este calzado?

—Es un zapato de señora. A la moda, aunque nunca he visto la moda.

—¿Y el nombre del zapatero?

—¿Preguntáis mi nombre? —exclamó después de largo silencio.

—Precisamente.

—Ciento cinco, Torre del Norte.

—¿Nada más?

—Ciento cinco, Torre del Norte.

Y dando un suspiro se absorbió nuevamente en su trabajo.

—¿Sois zapatero de oficio? —le preguntó el señor Lorry.

El interpelado miró a Defarge, como invitándole a contestar, mas en vista de que no lo hacía, lo hizo él diciendo:

—No, no es mi oficio. He aprendido aquí. Lo aprendí yo solo. Pedí permiso...

Hizo una pausa como si no estuviera resuelto a continuar y luego añadió:

—Pedí permiso para aprender yo solo. Lo conseguí al cabo, después de muchas dificultades y desde entonces hago zapatos.

Y mientras tendía la mano en espera de que le devolvieran su labor, el señor Lorry le preguntó, mirándolo con fijeza:

—¿No os acordáis de mí, señor Manette?

El zapato cayó al suelo, en tanto que el pobre zapatero miraba al que le preguntaba.

—¿No recordáis tampoco a este hombre, señor Manette? —preguntó el señor Lorry, apoyando la mano en el brazo de Defarge. —Miradlo bien. Miradme también. ¿No vuelven a vuestra memoria las imágenes de los que fueron vuestro antiguo banquero y vuestro criado, ni recordáis vuestros antiguos negocios, señor Manette?

El cautivo de tantos años miró fijamente al señor Lorry a Defarge y sus ojos dejaron asomar algunos destellos de la antigua inteligencia, pero quedaron pronto nublados.

Y eso ocurrió nuevamente cuando los ojos del desgraciado se fijaron en el hermoso rostro de la joven que, deslizándose junto a la pared avanzaba tendiéndole las manos, en su deseo de estrechar contra su pecho aquella cabeza de espectro.

Pero nuevamente quedó apagado el destello de inteligencia. Dando un suspiro, el zapatero reanudó su labor.

—¿Lo habéis reconocido, caballero? —preguntó Defarge en voz baja.

—Sí, por un momento. Al principio no lo creí posible, mas luego, por un instante, he reconocido perfectamente el rostro que tan familiar me fue. Pero retirémonos un poco.

La joven, mientras tanto, se había acercado más a su padre y se situó a su lado, en tanto que él estaba absorto en su labor. Por fin, tuvo necesidad de cambiar de herramienta y al hacerlo sus ojos se fijaron en el extremo de la falda de su hija.

Entonces levantó los ojos y vio su rostro. Los dos hombres se sobresaltaron, temiendo que el desgraciado pudiera herirla con su cuchilla, pero la joven les hizo seña de que permanecieran quietos y ellos la obedecieron.

Se quedó mirándola, asustado, y pareció como si sus labios quisieran articular algunas palabras, aunque permanecieron mudos. Luego, tras unos momentos en que su respiración fue jadeante por la emoción que sentía, exclamó:

—¿Qué es esto?

La joven llevó sus propias manos a los labios, y seguidamente cruzó los brazos sobre el pecho, como si en él se apoyara la querida cabeza del anciano.

—¿No eres la hija del carcelero? —preguntó él.

—No —contestó la joven dando un suspiro.

—¿Quién sois, pues?

Sin atreverse a contestar, la joven se sentó en la banqueta, al lado de su padre, el cual retrocedió, pero ella le puso la mano sobre el brazo. Extraña conmoción se apoderó de él, y dejando a un lado la cuchilla se quedó mirando a la aparición. El dorado cabello de la joven, peinado en largos tirabuzones, caía sobre su esbelto cuello y el anciano, adelantando despacio la mano, tocó suavemente las doradas hebras, pero se apagó la luz que por un momento acababa de brillar en su inteligencia, y dando un suspiro, volvió a engolfarse en su labor.

Mas no por mucho tiempo. La joven le puso la mano sobre el hombro y él, después de dudar de que, en efecto, la aparición fuese real, dejó a un lado la labor, se llevó la mano al cuello y sacó un cordón ennegrecido, del que pendía una vieja bolsita de paño.

La abrió con el mayor cuidado, sobre la rodilla, y entonces se vio que contenía algunos cabellos; solamente dos o tres hebras doradas, que en más de una ocasión rodeara a sus dedos.

Tomó nuevamente los cabellos de la joven y murmuró:

—¿Cómo es posible? Son los mismos. ¿Cuándo ocurrió? ¿Cómo?

En su frente se advertía la concentración de sus ideas.

De pronto, tomó la cabeza de la niña, la volvió a la luz y la miró con la mayor atención.

—Aquella noche en que me llamaron, ella apoyó la cabeza en mi hombro... Tenía miedo de que saliera, aunque yo no temía nada... y cuando me encerraron en la Torre del Norte, me encontraron esto escondido en la manga. ¿Me dejáis que lo conserve? No puede ayudarme a facilitar la fuga de mi cuerpo, pero permitirá que mi espíritu pueda marcharse. Les dije estas mismas palabras, me acuerdo. perfectamente.

Estas palabras las formó varias veces en sus labios antes de poder pronunciarlas, mas cuando las emitió lo hizo de un modo coherente, aunque despacio.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Eraís vos?

Nuevamente se alarmaron los espectadores de aquella escena, pues él se había vuelto hacia la joven con extraordinaria rapidez. Pero la niña estaba tranquilamente sentada y en voz baja les dijo:

—Os ruego, señores, que no os acerquéis y que no os mováis siquiera.

—¿Qué voz es ésta? —exclamó el anciano.

Al pronunciar estas palabras la soltó y se mesó los blancos cabellos, pero tranquilizándose luego, guardó su bolsita, aunque sin dejar de mirar a la joven.

—No, no, —dijo, —sois demasiado joven y bonita. No puede ser. Mirad cómo está el prisionero. Estas no son las manos que ella conocía, ni la voz que estaba acostumbrada a oír. No, no. Ella era, y él también... antes de los larguísimos años pasados en la Torre del Norte... hace ya de eso mucho, muchísimo tiempo. ¿Cómo te llamas, ángel mío?

La joven se dejó caer de rodillas ante su padre, con las manos plegadas sobre el pecho.

—Oh, señor, ya conoceréis cuál es mi nombre, y sabréis quiénes fueron mi madre y mi padre, así como su triste, tristísima historia. Pero ahora no puedo decíroslo. Lo que os ruego ahora, es que me toquéis con vuestras manos y me bendigáis. Besadme, besadme.

La blanca cabeza del anciano se puso en contacto con los dorados cabellos de la joven, que parecían prestarle nueva vida, como si sobre él brillase la luz de la libertad.

—Si oís en mi voz, y no sé si será así, aunque lo espero, si oís en mi voz algún parecido con la que en un tiempo fue dulce armonía en vuestros oídos, llorad, llorad por ella. Si al tocar mis cabellos algo os recuerda una adorada cabeza que un día reposó en vuestro pecho cuando erais joven y libre, llorad, llorad por ella. Si cuando, os nombre el hogar que nos espera, y en el cual me esforzaré en haceros feliz, con mi amor y mis cuidados, os recuerdo un hogar que quedó desolado mientras vuestro pobre corazón lo echaba de menos, llorad, llorad también por él.

Y rodeando el cuello del anciano con los brazos, lo meció sobre su pecho, como si fuese un niño.

—Si os digo, querido mío, que ya ha terminado vuestra agonía y que he venido para llevaros conmigo a Inglaterra, para gozar de la paz y de la tranquilidad, y eso os hace recordar que vuestra vida se malogró cuando tan útil pudiera haber sido, y que vuestra patria, Francia, fue tan cruel para vos, llorad también, llorad. Y si cuando os diga mi nombre y el de mi padre, que aun vive, y el de mi madre, que murió ya, sabéis que habré de caer de rodillas ante mi querido padre para pedirle perdón, por haber dejado de procurar su libertad y por no haber llorado por él noche y día, porque el amor de mi pobre madre alejo de mí esta tortura, llorad también por ello, llorad por mí y por ella. Buenos señores, demos gracias a Dios, pues siento que sus lágrimas corren por mi rostro y sus sollozos tiemblan sobre mi corazón. Mirad! Gracias, Dios mío!

El pobre anciano se había refugiado en los brazos de la joven y apoyaba la cabeza en su pecho. Y aquella escena era tan conmovedora que los dos testigos se cubrieron los rostros con las manos.

Cuando reinó nuevamente la tranquilidad en aquel lóbrego lugar, los dos hombres se acercaron para levantar al padre y a la hija, pues, insensiblemente, se habían deslizado al suelo..

—Si fuera posible —dijo la joven— que, sin molestarlo, se pudiera disponer todo para salir cuanto antes de París...

—¿Creéis que estará en condiciones de soportar el viaje? —preguntó el señor Lorry.

—Más que de continuar en esta ciudad tan funesta para él.

—Es verdad —dijo Defarge que se había arrodillado para oír y ver mejor.— Más que para quedarse. El señor Manette estará siempre mejor lejos de Francia. ¿Queréis que vaya a alquilar un carruaje y caballos de posta?

—Esto es ya un negocio —contestó el señor Lorry recobrando en el acto sus maneras metódicas,— y si ha de terminarse un negocio es mejor que yo me ocupe en ello.

—Entonces haced el favor de dejarnos solos —rogó la señorita Manette.— Ya veis qué tranquilo se ha quedado; no temáis dejarme a solas con él. Cerrad la puerta al salir, para que no nos interrumpen, y, sin duda alguna, lo hallaréis tranquilo al volver.

Poco acertada parecía a los dos hombres esta proposición, y por lo menos quería quedarse uno de ellos, pero como, además, había que arreglar los papeles necesarios y el tiempo urgía, se repartieron las gestiones necesarias y salieron apresuradamente.

Mientras las sombras se acentuaban, la joven permaneció al lado de su padre, sin dejar de mirarlo. Ambos permanecían quietos y, por fin, se filtró un rayo de luz por un agujero de la pared.

El señor Lorry y Defarge lo habían preparado todo para el viaje y consigo llevaban, además de algunas prendas de abrigo, pan, carne, vino y café caliente. Defarge dejó las provisiones sobre la banqueta de zapatero, así como la lámpara que llevaba y ayudado por el señor Lorry levantó al cautivo.

Nadie habría sido capaz de darse cuenta, por la expresión de su rostro, de las misteriosas ideas de su mente. Era imposible comprender si se había dado cuenta de lo sucedido o del hecho de que ya estaba libre. Probaron de hablarle, mas el desgraciado parecía estar tan confuso y respondía con tanta lentitud, que creyeron mejor no molestarle con nuevas observaciones. A veces se cogía la cabeza entre las manos, pero siempre parecía experimentar placer al oír la voz de su hija, hacia la cual se volvía invariablemente cuantas veces hablaba.

Con la obediencia peculiar de los que están acostumbrados a someterse a la fuerza, comió, bebió y se abrigó con las prendas que le dieron. Con agrado se dejó llevar por su hija, que lo cogió del brazo y hasta tomó entre las suyas las manos de la joven. Entonces empezaron a bajar la escalera; Defarge iba delante con la lámpara y el señor Lorry iba detrás. Pocos escalones habían bajado cuando la joven se detuvo y le preguntó:

—¿Os acordáis, padre mío, de haber venido aquí?.

—No, no me acuerdo —contestó.— Hace de eso demasiado tiempo.

No tenía memoria de haber sido sacado de su prisión para llevarlo a aquella casa. Los que lo acompañaban le oyeron murmurar: “Ciento cinco, Torre del Norte”, y observaron que miraba a su alrededor, como si buscara los muros de piedra de la fortaleza. Al llegar al patio, instintivamente aminoró el paso, como si esperase cruzar el puente levadizo, pero como no lo viera y en su lugar encontrase un carruaje que lo esperaba en la calle, cogió la mano de su hija e inclinó la cabeza.

Reinaba el mayor silencio en la calle y en ella no vieron a nadie más que a la señora Defarge que, reclinada en la jamba de la puerta, seguía haciendo calceta y no vio nada.

El prisionero entró en el coche con su hija, pero, inmediatamente, rogó que le entregasen sus herramientas de zapatero y el calzado a medio terminar. La señora Defarge, que oyó su ruego, se apresuró a complacerlo;

poco después regresó trayendo lo pedido y volvió a enfrascarse en su labor de calceta, pero, aparentemente, sin haber visto nada.

— A la Barrera! —exclamó Defarge entrando en el coche. El postillón hizo restallar el látigo y el vehículo se puso en marcha.

Por fin los detuvieron unos soldados, provistos de linternas, y uno de ellos exclamó:

—Vuestros papeles, caballeros.

—Aquí están, señor oficial —contestó Defarge bajando y llevándose aparte al militar.— Estos son los papeles de este caballero que va en el coche, el del cabello blanco. Me han sido consignados, con su persona, por... — Bajó la voz antes de terminar la frase y el oficial, después de dirigir una mirada al pasajero en cuestión, contestó:

—Perfectamente. Adelante.

—Adiós —exclamó Defarge.

El coche reanudó la marcha y se aventuró en las negras sombras de la noche. Y durante el frío y obscuro intervalo hasta la madrugada, resonaban en los oídos del señor Jarvis Lorry, que se sentaba enfrente del desenterrado, las mismas palabras:

—Espero que os gustará volver a la vida.

Y la contestación era la misma de siempre.

—No puedo decirlo.



**[www.feedbooks.com](http://www.feedbooks.com)**  
Food for the mind